

Presentación

Emanuele Treglia

LUISS-CIHDE

El propósito de este dossier es analizar algunos rasgos que han caracterizado la experiencia de las izquierdas radicales que tomaron forma en el mundo occidental en el marco del «largo 68». Se trató de un fenómeno plural que se manifestó con denominadores comunes en numerosos países. Su surgimiento y evolución fueron fuertemente condicionados por unos complejos flujos de influencias que se establecieron tanto entre los actores y acontecimientos propios de los diferentes contextos nacionales de Europa del oeste y América del norte, como entre éstos y las profundas transformaciones que afectaban entonces al bloque soviético y al llamado Tercer Mundo. El declive del mito de la Unión Soviética, la descolonización, el nacimiento de nuevos Estados socialistas, el maoísmo, el «foquismo» guevarista, la guerra de Vietnam y la difusión de la obra de autores como Marcuse, Fanon y Gorz, fueron algunos de los principales elementos que influyeron en el imaginario colectivo y confluyeron en la configuración de las culturas revolucionarias de los años sesenta y setenta¹.

Las izquierdas radicales, que entendemos como aquellos grupos y organizaciones que se situaban entonces a la izquierda de los par-

¹ Para una panorámica del «largo 68» y de las izquierdas radicales surgidas en aquel entonces en Europa occidental y Estados Unidos véase Gerd-Rainer HORN: *The Spirit of '68. Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Nueva York, Oxford University Press, 2007. Para un análisis de las transformaciones culturales véase Arthur MARWICK: *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, 1958-1974*, Nueva York, Oxford University Press, 1998.

tidos comunistas y socialistas tradicionales y consideraban la revolución como una perspectiva viable a corto-medio plazo, en España han sido objeto de escasa atención académica, especialmente por parte de los historiadores². Este monográfico nace, por tanto, de la idea de profundizar, aprovechando la distancia temporal de aquellos acontecimientos y la creciente disponibilidad de nuevas fuentes documentales, en el conocimiento de unos sujetos y dinámicas que han protagonizado una fase de nuestra historia reciente en la que, a los ojos de muchos, parecía que el mundo podía «cambiar de base»³.

Aunque sin pretensiones de exhaustividad, los seis artículos que se pueden leer a continuación han intentado abarcar múltiples aspectos de un abigarrado conjunto de teorías, estrategias y

² Los primeros y principales estudios generales sobre el tema han sido realizados en los noventa con un corte politológico y sociológico. Véanse Consuelo LAIZ: *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, La Catarata, 1995; José M. ROCA (ed.): *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España*, Madrid, La Catarata, 1994, e íd.: *Poder y pueblo. Un análisis del discurso de la prensa de la izquierda radical sobre la Constitución española de 1978*, tesis doctoral, Madrid, UCM, 1995. Estas obras se basaban en la prensa de las organizaciones radicales y en algunos testimonios. El primer trabajo importante fundamentado en el uso sistemático de fuentes inéditas procedentes de archivos públicos y privados ha sido el de Julio A. GARCÍA ALCALÁ: *Historia del «Felipe» (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*, Madrid, CEPC, 2001. Entre las contribuciones historiográficas más recientes cabe destacar Ana DOMÍNGUEZ RAMA: «Orígenes y conformación del Partido Comunista de España (marxista-leninista)», en *Comunicaciones presentadas al II Congreso de Historia del PCE*, Madrid, FIM, 2007 (cd); íd.: «La violencia revolucionaria del FRAP durante el tardofranquismo», en Carlos NAVAJAS y Diego ITURRIAGA (eds.): *Novísima. Actas del II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2010, pp. 393-410; Sophie BABY y Javier MUÑOZ: «El discurso de la violencia en la izquierda durante el último franquismo y la transición», en José Luis LEDESMA, Javier MUÑOZ y Javier RODRIGO (eds.): *Culturas y políticas de la violencia*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 279-304; Jordi TERRÉS: «La izquierda radical española y los modelos del Este: el referente albanés en la lucha antifranquista», *Ayer*, 67 (2007), pp. 159-176; José L. MARTÍN RAMOS (ed.): *Pan, trabajo y libertad. Historia del Partido del Trabajo de España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011; Jordi MIR: «Salir de los márgenes sin cambiar de ideas. Pensamiento radical, contracultural y libertario en la Transición española», en Javier MUÑOZ (ed.): *Los intelectuales en la Transición*, dossier de *Ayer*, 81 (2011), pp. 83-108; Gaizka FERNÁNDEZ y Raúl LÓPEZ: *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical*, Madrid, Tecnos, 2012, y Gonzalo WILHELM: *El movimiento libertario en la Transición*, Madrid, 1975-1982, Madrid, FSS, 2012.

³ Véase, por ejemplo, Manuel GARÍ, Jaime PASTOR y Miguel ROMERO (eds.): *1968. El mundo pudo cambiar de base*, Madrid, La Catarata, 2008.

tácticas. De hecho, se han tomado en consideración tanto las prácticas de violencia política como los nuevos movimientos sociales, y tanto la actuación de los marxista-leninistas como las vicisitudes de los libertarios en el posfranquismo. Además, si es cierto que la mayoría de los textos se centran en el caso español, se ha intentado dar cuenta de la dimensión internacional de las izquierdas revolucionarias introduciendo también estudios relativos a tres países cercanos, es decir, Portugal, Francia e Italia. Se han podido así examinar las experiencias radicales en el marco de diferentes tipos de regímenes políticos: dictatoriales, democráticos y en transición de una forma a otra.

El «68», más que como una sucesión de hechos que se produjeron en un año determinado, debe ser considerado como una serie de procesos sociales, políticos y culturales que se desarrollaron a lo largo de aproximadamente dos décadas, empezando a brotar a mitad de los cincuenta y acabando su trayectoria durante los setenta. Cabe señalar a este propósito que en la historiografía francesa se ha puesto en boga la expresión «los años 68», que tiene el mérito de hacer hincapié en la amplitud tanto espacial como cronológica del fenómeno⁴. A partir de 1955-1956, algunos sucesos de trascendencia internacional como el nacimiento del Movimiento de los Países No Alineados, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), la crisis de Suez y la revolución cubana, sentaron las bases para el surgimiento del multifacético fenómeno de las llamadas «nuevas izquierdas» occidentales. Éstas presentaron, como rasgo común, la aspiración de replantear las teorías y prácticas socialistas, combinando elementos de variada procedencia, sobrepasando las líneas divisorias entre las distintas familias de las izquierdas históricas y rompiendo con las lógicas bipolares de la Guerra Fría⁵.

En esta perspectiva de larga duración, la fase 1967-1969 constituyó un periodo bisagra por lo menos, para lo que aquí nos interesa, bajo dos puntos de vista. En primer lugar, determinó que el

⁴ Geneviève DREYFUS-ARMAND *et al.* (eds.): *Les années 68. Le temps de la contestation*, París-Bruselas, IHTP-CNRS, 2000, y Michelle ZANCARINI-FOURNEL: *Le moment 68*, París, Seuil, 2008.

⁵ Massimo TEODORI: *Las nuevas izquierdas europeas, 1956-1976*, 3 vols., Barcelona, Blume, 1978; Michael KENNY: *The First New Left. British Intellectuals After Stalin*, Londres, Lawrence & Wishart, 1995; Jean-François KESLER: *De la gauche dissidente au nouveau Parti socialiste*, Toulouse, Privat, 1990, y Franco OTTAVIANO: *La rivoluzione nel labirinto*, vol. I, Soveria Mannelli, Rubbettino, 1993.

movimiento que había ido germinando hasta entonces, compuesto mayoritariamente por formaciones relativamente fluidas y eclécticas, diese paso a un conjunto de partidos políticos más rígidos, a nivel tanto organizativo como ideológico. En segundo lugar, desde finales de los sesenta se asistió a un notable incremento del recurso a la violencia política⁶.

Esta doble mutación, que en mayor o menor medida implicó una intensificación del grado de radicalismo de todas las izquierdas alternativas occidentales, y que ha llevado a muchos autores a formular una supuesta contraposición entre un pre-68 espontáneo y libertador, y un post-68 dogmático y tendencialmente coercitivo⁷, fue debida a varios factores. No se puede aquí enumerarlos todos, pero sí hay que mencionar una reflexión que fue común a los diferentes grupos y contextos nacionales: dado que se consideraba que la revolución estaba al alcance de la mano, pero los métodos adoptados hasta entonces habían demostrado ser inadecuados para realizarla, se hacía necesario dar un «salto adelante», dotándose de un rigurosa intransigencia teórica y aumentando la disciplina organizativa, el esfuerzo y la disponibilidad al sacrificio (propio y de los demás). Si miramos el caso específico de España, cabe destacar la influencia que tuvo la escalada represiva puesta en marcha por el régimen del Caudillo a partir de 1967, que empujó a algunos sectores del antifranquismo a asumir una lógica de choque frontal con la dictadura y a criticar la línea seguida hasta entonces por los movimientos obrero y estudiantil, juzgándola demasiado abierta y «conciliadora».

En el marco de este proceso de radicalización se popularizaron en occidente formas de marxismo-leninismo críticas hacia el PCUS que pretendían ser portadoras de aquellos anhelos revolucionarios supuestamente abandonados tanto por la Unión Soviética de la coexistencia pacífica, que según dichas interpretaciones se había convertido a su vez en una potencia (social)imperialista, como por los Partidos Comunistas oficiales, más interesados en la integración en los sistemas democrático-liberales que en un cambio palin-

⁶ Sobre la relación entre movilización y violencia política véase, entre otros, el clásico de Donatella DELLA PORTA: *Il terrorismo di sinistra*, Bolonia, Il Mulino, 1990.

⁷ Esta cuestión ha sido debatida, entre otros, por Diego GIACHETTI: *Más allá del 68. Antes, durante y después del movimiento*, Barcelona, Virus, 2006.

genésico. El caso más significativo de comunismo «alternativo» fue el del maoísmo, que, de hecho, constituye un hilo rojo entre la mayoría de los artículos del presente dossier.

La República Popular China, desde que había abierto cautelosamente sus puertas a las primeras visitas de observadores extranjeros a mediados de los cincuenta, había empezado a conquistar las simpatías de importantes intelectuales y políticos europeos como Renato Panzneri, Ferruccio Parri, Simone de Beauvoir e Isabelle Blume. Sobre todo después de su cisma con la Unión Soviética a comienzos de los sesenta, el corpus doctrinal elaborado por Mao e institucionalizado en su régimen fue apareciendo como un nuevo modelo para la lucha revolucionaria y la construcción del socialismo. Si ya en 1963-1964 surgieron en occidente las primeras formaciones políticas orientadas explícitamente hacia Pekín, la imagen idealizada de la Revolución Cultural y las formulaciones del «Gran Timonel» a propósito de los «Tres Mundos» y de la guerra popular, entre otros elementos, convirtieron el maoísmo en el principal referente ideológico de los partidos radicales, violentos o no, que florecieron a finales de los sesenta y comienzos de los setenta. En este sentido se pueden mencionar, por ejemplo, Gauche Prolétarienne (GP) y Vive la Révolution (VLR) en Francia, Avanguardia Operaia (AO) y las Brigate Rosse (BR) en Italia, la Organización de Marxistas Leninistas Españoles (OMLE) y la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) en España, así como el Movimiento Reorganizativo do Partido do Proletariado (MRPP) y la Unidade Revolucionária Marxista-Leninista (URML) en Portugal⁸.

El «largo 68», como hemos señalado más arriba, se cerró durante los setenta. Desde mediados de la década, los partidos radi-

⁸ Roberto NICCOLAI: *Quando la Cina era vicina. La Rivoluzione Culturale e la sinistra extraparlamentare italiana negli anni '60 e '70*, Pisa, BFS, 1998; A. Bel-den FIELDS: *Trotskyism and Maoism. Theory and Practice in France and the United States*, Westport, Praeger, 1988; Robert J. ALEXANDER: *Maoism in the Developed World*, Westport, Praeger, 2001; Luca POLESE: «Pechino 1955. Intellettuali e politici europei alla scoperta della Cina di Mao», *Mondo Contemporaneo*, 3 (2010), pp. 55-89, y Julian BOURG: «The Red Guards of Paris: French Student Maoism of the 1960s», *History of European Ideas*, 31/4 (2005), pp. 472-490. Véase también Nanni BALESTRINI y Primo MORONI: *La borda de oro (1968-1977). La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006. Sobre la influencia del maoísmo en las BR y, más en general, sobre la identidad del revolucionario armado, véase Alessandro ORSINI: *Anatomia delle Brigate Rosse*, So-veria Mannelli, Rubbettino, 2010.

cales nacidos en los años anteriores en los países occidentales, incapaces de poner efectivamente en marcha aquella revolución que habían ido presentando como «objetivamente» próxima, en su mayoría se disolvieron o quedaron relegados a posiciones muy marginales. A la desmovilización y al declive de las esperanzas palingenésicas contribuyeron, como factores de orden internacional, la conclusión de la guerra de Vietnam en 1975 y la muerte de Mao en 1976. En España podemos afirmar que el «largo 68» se prolongó hasta 1980-1982, en la medida en que los grupos radicales intentaron influir sobre el proceso de transición a la democracia. En algunos países, como Italia, fue esencialmente la lucha armada la que continuó hasta los ochenta, una vez que el ciclo contestatario ya se había agotado.

Los artículos que componen este dossier, aun teniendo en cuenta las raíces de los fenómenos tratados, se centran sobre todo en la fase post-68, cuando las dinámicas radicales se profundizaron y afrontaron la definitiva prueba de la realidad. En su artículo, Pau Casanellas analiza tanto los componentes ideológico-culturales como el desarrollo concreto de las prácticas armadas en el crepúsculo de la dictadura franquista. Señala las influencias ejercidas por las luchas antiimperialistas y los movimientos de liberación nacional sobre la ascendente espiral de violencia que se produjo a partir de finales de los sesenta, y destaca también el hecho de que uno de los problemas de fondo de las prácticas armadas consistió en su creciente alejamiento respecto a las movilizaciones antifranquistas abiertas y de masas, sobre todo después de la muerte del dictador.

Quien escribe estas líneas examina la trayectoria de la ORT durante la Transición, tomándola como un caso a través del cual explorar las razones y los límites de unas alternativas que salieron vencidas del proceso de cambio democrático, entre ellas la búsqueda a ultranza de la ruptura, la lucha contra el pacto social o la reivindicación de un diferente modelo constitucional. La ORT demostró dificultades notables a la hora de flexibilizar su corpus doctrinal para adaptarlo al sistema que iba tomando forma, lo que llevó a una contradicción, cada día más patente, entre su identidad maoísta, que implicaba, por ejemplo, la defensa del estalinismo, y sus aspiraciones a participar plenamente en el nuevo régimen de democracia parlamentaria. Al mismo tiempo demostró un elevado sectarismo que le impidió aunar fuerzas con otros partidos afines antes de que fuera ya demasiado tarde.

Dado que el dossier no quiere limitarse a los marxista-leninistas, Gonzalo Wilhelmi aborda la «otra» izquierda radical, es decir, el movimiento anarquista, en una contribución centrada en las vicisitudes de los diferentes sectores libertarios madrileños durante la Transición. Por un lado, el autor analiza los problemas relativos a la reconstrucción de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en una realidad en que el anarcosindicalismo tenía lazos muy débiles con el nuevo movimiento obrero surgido en los sesenta. Por el otro, evidencia las aportaciones de los anarquistas a ámbitos no sindicales, como, por ejemplo, la lucha de los presos comunes o la búsqueda de formas de vida alternativas en ateneos y comunas urbanas. El movimiento libertario, de hecho, presentó dos caras no siempre conciliables: una clásica, que se remontaba a los años treinta, y otra que aparecía como fruto de las nuevas ideas y praxis introducidas al calor del «largo 68».

Las izquierdas radicales contribuyeron al planteamiento de nuevos temas y modelos socio-culturales que estuvieron en el origen de los nuevos movimientos sociales. Más allá de lo material y de la esfera política propiamente dicha surgieron cuestiones que afectaban el terreno de la moral y de las identidades individuales. Raúl López Romo examina en su artículo el caso del movimiento feminista que movió sus primeros pasos en la España de los setenta: ya no se trataba de luchar sólo contra el estado burgués o el capitalismo, sino también contra el milenarismo sistema patriarcal. El autor subraya como, en el «largo 68», se abrió así un replanteamiento profundo de los roles masculino-femenino y de sus relaciones recíprocas: unas cuestiones que todavía hoy en día ocupan una posición importante en nuestra agenda pública.

Desplazando la mirada fuera de España, el texto de Miguel Cardina, además de trazar un mapa de las principales organizaciones que adoptaron el modelo chino durante la última década del Estado Novo (1963-1974), ilustra los que fueron los caracteres propios del maoísmo lusitano en ese periodo. El hecho de que Portugal mantuviera un conflicto prolongado en sus colonias para no renunciar a su imperio hizo que allí las teorías tercermundistas cobraran especial relevancia y encontraran formas de aplicación práctica inmediata. Efectivamente, entre las peculiares actividades de los grupos maoístas portugueses destacó la llamada «guerra a la guerra», realizada, por ejemplo, a través de la creación de comités de desertores.

Finalmente, Isabelle Sommier realiza una comparación entre las diferentes evoluciones de la violencia política de la extrema izquierda en Francia e Italia después de 1968. La autora se pregunta cómo ha sido posible que, a pesar de que en ambos países se había ido creando un discurso común de legitimación del recurso a la lucha armada, en Italia el fenómeno se prolongara hasta los años ochenta y produjera centenares de víctimas, mientras que en Francia se había agotado ya en la primera mitad de los setenta. La autora reconduce esta profunda diferencia a varios factores, como la mayor represión ejercida por el Estado italiano sobre los movimientos contestatarios y, siempre en el caso de Italia, la existencia de un sistema político que parecía bloqueado y, por tanto, no dejaba entrever la posibilidad de un cambio político realizado a través de vías pacíficas.

En el «largo 68» en ningún país occidental se produjeron transformaciones que sobrepasaran el marco liberal-democrático y, sobre todo con la llegada de los años ochenta, las perspectivas palingenésicas perdieron el atractivo que habían ejercido desde el siglo XIX, desapareciendo sustancialmente del horizonte de nuestras sociedades contemporáneas. Sin embargo, como está demostrando el ciclo de protestas que se ha abierto desde 2010, todavía tiene vigencia una de las aspiraciones de fondo expresadas, aunque con las contradicciones y sombras que se verán a continuación, por las izquierdas radicales hace cuarenta años: la búsqueda de una mayor participación de los individuos, de las masas, del pueblo, de los ciudadanos (o cualquier otro término que se prefiera utilizar para designar el sujeto de base), en la esfera pública.